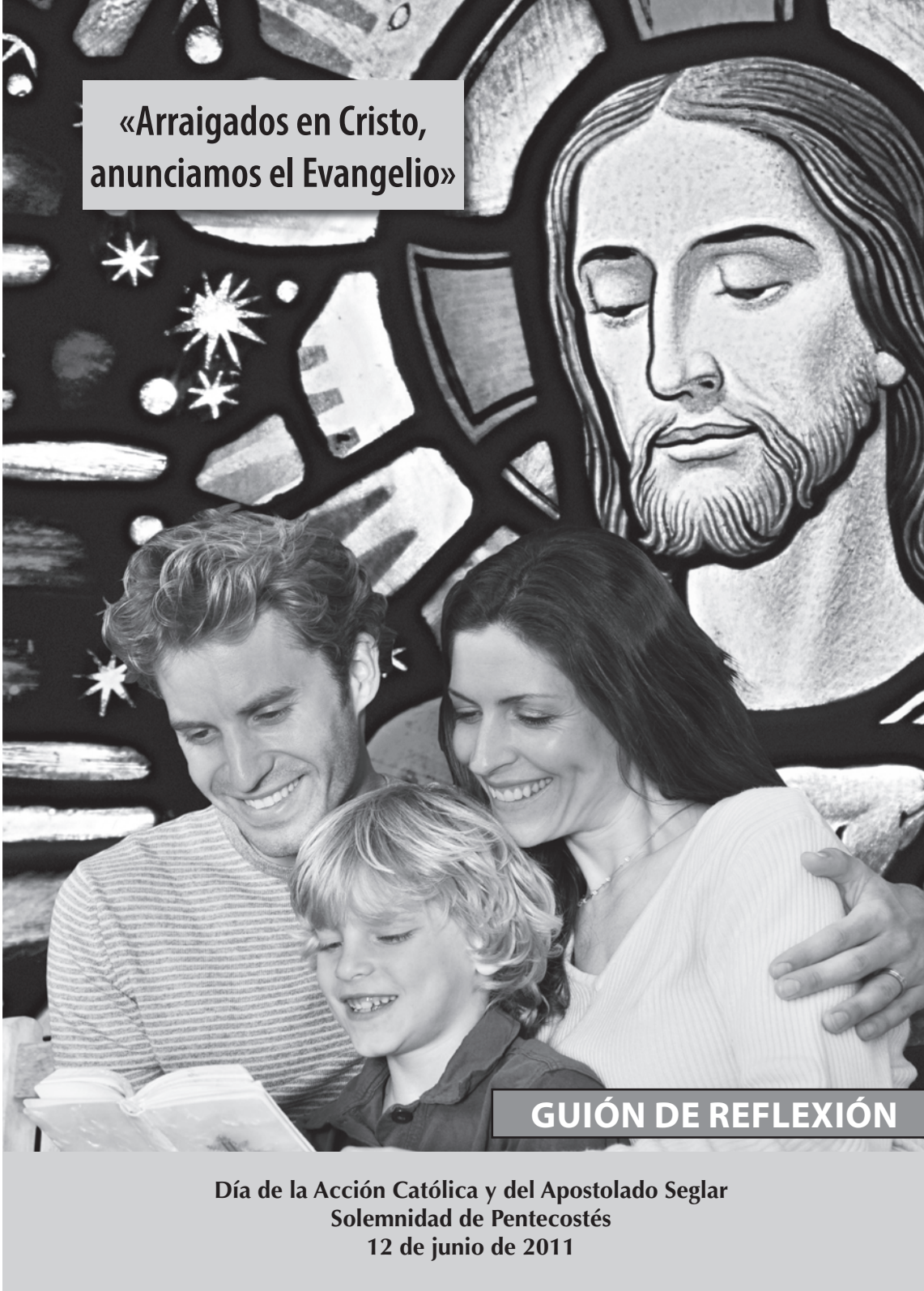




**«Arraigados en Cristo,
anunciamos el Evangelio»**

GUIÓN DE REFLEXIÓN

**Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar
Solemnidad de Pentecostés
12 de junio de 2011**

Arraigados en Cristo, anunciamos el Evangelio

I. Arraigados en Cristo, miramos nuestro tiempo.

“¿No sois capaces de distinguir los signos de los tiempos?” (Mt 16, 3).
Un mundo en crisis y con sed de Dios

La misión fundamental de la Iglesia es evangelizar a todos los pueblos en todos los tiempos. Este oficio evangelizador requiere como condición esencial tener en cuenta que la humanidad está situada históricamente y que vive en una realidad cultural y social propia en cada etapa y generación. No es posible evangelizar si no miramos y amamos en profundidad la realidad que nos ha tocado vivir, aceptando los retos e interpelaciones que nos plantea como cristianos e Iglesia de hoy. En esa mirada podemos descubrir que el “hoy” trae para nosotros unas condiciones singulares tanto en lo que tiene que ver con la sociedad y con el sentido de lo humano, como en lo que se refiere a la realidad eclesial.

Cuando miramos al mundo en la actualidad nos percatamos de que estamos en un momento complejo y difícil; es casi unánime el veredicto desde todos los sectores cuando definimos la situación con la palabra “crisis”, y cuando sentenciamos que la crisis hoy no es parcial sino globalizadora porque afecta a todo el mundo en todos los lugares, aunque sea en medidas y de modos distintos. Seguro que casi todos los observadores no tendrían ningún reparo en aceptar como definición del momento aquel texto de la constitución **“Gaudium et spes”** del Concilio Vaticano II, donde se analizaba el presente: *“Como ocurre en toda crisis de crecimiento, esta transformación trae consigo no leves dificultades. Así, mientras el hombre amplía extraordinariamente su poder, no siempre consigue someterlo a su servicio... La propia historia está sometida a un proceso tal de aceleración, que apenas es posible al hombre seguirla. El género humano corre la misma suerte y no se diversifica ya en varias historias dispersas. La humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva, de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis”* (GS 4-5).

La crisis afecta a todos los sectores de la vida, tanto a la familia como a la educación y a las instituciones sociales. Hablamos de ella para referirnos a lo cultural, a lo religioso, a la economía, así como al medio ambiente, a la naturaleza, a la relación entre los pueblos. No parece que el progreso y la razón nos hayan llevado a una vida más digna y humana, ni parece que el avance científico nos haya dado un sentido y un horizonte de la vida pleno y acabado.

Es más, notamos una indiferencia estructural hacia todo lo que supone pensamiento y dirección, como es lo político, lo metafísico y lo religioso. Parece que hemos adoptado una actitud de *"in-creencia"* hacia lo común y lo total y nos hemos conformado con posturas postmodernas agarrándonos a la multiplicidad, a lo diverso y diferente, aceptando que la verdad está en el fragmento y en el momento, renunciando a la totalidad y a su sentido como proyecto unitario. Para lo general se asume el fatalismo de que no puede ser de otra manera y cada uno se queda con su libertad débil pero propia, en la que fundamenta su futuro y su felicidad.

Cuando miramos la Iglesia en sí misma, desde dentro, descubrimos algo que venimos repitiendo, como el descenso de la práctica religiosa, la disminución de vocaciones para el ministerio presbiteral y la vida consagrada, el alejamiento masivo de los jóvenes, el envejecimiento de las comunidades eclesiales; pero los estudiosos de la fenomenología de la religión nos hablan de que está ocurriendo algo más profundo y radical que una simple crisis eclesial ad intra; unos lo llaman *"crisis de Dios"* (Metz), otros hablaron de la *"muerte de Dios"* (Nietzsche) o del *"eclipse de Dios"* (Buber). De alguna manera Dios ha dejado de ser el sentido y el fundamento del orden y de la cultura de la totalidad, hay indiferencia existencial y estructural respecto a la cuestión teológica, no está entrando como elemento posible de respuesta a las preguntas del sentido de la vida. Estamos entrando, en el decir de algunos, en una *"era postcristiana"*; ya no vivimos de verdades fundamentales a las que asentimos como creyentes, sino que estamos en el mundo de las *"opiniones"* como referencias vitales, sin ningún fundamento objetivo ni trascendente que las sostengan, todo es al parecer del individuo y del momento; a esto se refiere reiteradamente Benedicto XVI cuando nos habla del relativismo reinante. Y lo más importante es que los pensadores que analizan, tanto desde dentro del cristianismo como desde fuera, este proceso, sostienen que esta situación no es pasajera, que estamos viviendo un cambio radical del sentido de lo sagrado y que no tiene vuelta atrás. Esta situación no es positiva para nadie, porque no es que muera Dios, sino que con él desaparece la metafísica que se presentaba como coherente y con posibilidad de sentido, fundamento, finalidad, metas e ideales. Nos encontramos por tanto con una crisis religiosa con una hondura y gravedad que no es parcial ni pasajera.

Hemos de aceptar como punto de partida la realidad exigente que se impone:

- Se prescinde de Dios y se instala la indiferencia. Eso está a nuestro alrededor como algo que ya se acepta como realidad.
- Las personas viven desde lo inmediato y lo intrascendente; no preocupan las grandes cuestiones sino los pequeños momentos, el placer y el tener.

- Cada uno hace de su dimensión religiosa algo íntimo y privado, quedando reducido lo cultural y práctico para un número reducido de piadosos, pero organizando casi todos la vida cotidiana sin referencia habitual a Dios. Se consumen creencias religiosas pero no dinamizadoras ni movilizadoras de la vida de las personas y de sus dimensiones fundamentales.
- Se instala cada vez más lo que algunos llaman la “religiosidad desinstitucionalizada”, con lo que conlleva de “diseminación de lo religioso” o “religión a la carta”; al tiempo crece la incultura religiosa, con una desinformación brutal de lo auténticamente religioso, ocupado por cuestiones raras y exóticas.
- El paganismo se instaura como forma de vida “religiosa suplente” con sus síntomas más claros: el consumo hedonista, el culto al cuerpo, la moral del buen vivir, la sensualización de la vida, el disfrute de la noche, el fin de semana y las vacaciones.

Estamos en un momento crucial, una etapa eje de la humanidad que requiere reflexión profunda y apuesta arriesgada por una evangelización que de verdad responda a la situación histórica, cultural, social y metafísica en la que estamos inmersos. La cuestión de fondo nos plantea los interrogantes siguientes:

REFLEXIÓN

- ¿Qué sienten, viven, piensan, sufren y gozan las personas de hoy?
- ¿Dónde están los vacíos y las heridas del hombre de hoy, y cómo se manifiestan entre nosotros? ¿Quiénes sufren las consecuencias de la indiferencia instaurada en el mundo?
- ¿A nosotros, laicos cristianos, cómo nos está afectando este momento? ¿Y a nuestras comunidades y movimientos?

II. Arraigados en Cristo, aprendemos a ser originales como Él.

“Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús” (Fil 2,5).

Jesús fue una persona de su tiempo y supo ser evangelio desde su crecer como hombre en humildad, con su gente, en su ambiente, en su pueblo, en su realidad religiosa judía. Nos descubrió el tesoro del reino de Dios y es nuestro referente de evangelización y de modo de estar y responder al mundo de hoy; no tenemos otra fuerza ni otra respuesta sino Cristo crucificado, que ha resucitado y vive para siempre; solo Él es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida. Acercarnos a Él es el ejercicio diario y propio de los cristianos a fin de seguirlo y cumplir su envío de ir por todo el mundo, y por toda la historia, para anunciar la buena noticia de la salvación, del sentido de la vida a todos los hombres, para devolver a Dios a los hombres en crisis.

En Él encontramos una originalidad que rompe inercias y sabe responder a momentos nuevos de un modo nuevo, ayudándonos a dejar de ser viejos y nacer de lo alto y de lo nuevo del Espíritu. Su ser y su hacer nos dan claves que hoy se hacen especialmente necesarias para llevar la salvación al mundo. Adentrémonos en algunas de esas claves que lo hacen original y único en su modo de ser de Dios Padre y aportar al Dios de la vida como luz y sentido de todos los hombres.

El acontecimiento de la encarnación y el de la muerte de Jesús manifiestan una novedad y una originalidad inaudita. Dios se despoja de su categoría para entrar amorosamente en la realidad y ser cercano a todas las personas, especialmente a los más hundidos y crucificados de la historia, aquellos que han perdido todo sentido y viven en la desorientación total, sin futuro ni esperanza. Es más, será en este abajamiento en el que se exprese todo su poder y fuerza divina, el abajamiento será lo propio de Dios. En este amoroso empobrecerse está la verdadera riqueza que recibimos de Él; con su pobreza provoca riquezas en nosotros que no podemos ni sospechar: *“Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza”* (2 Cor 8,9.)

Jesús ha entendido toda su vida en esta clave fundamental del **abajamiento y del servicio**; en dicha entrega está el verdadero sentido de la vida y de la dicha. Este modo de entender la vida viene de la fundamentación de su existencia en el Padre y su voluntad. **Jesús no quiere otra cosa sino estar en la voluntad del Padre**; es esta voluntad la que busca y la que le mueve en todo su quehacer. Su vida, su mensaje y sus acciones serán la encarnación de lo que el Padre quiere de Él. Su ejercicio de la confianza en el Padre es radical y eso le permite incluso dar la vida libremente: *“Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que “Yo soy”, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado”* (Jn 8,28.)

Es claro que este modo de vivir y entender la existencia no es el común en su época ni tampoco lo es en la nuestra, por eso Jesús aparece con originalidad y su vida provoca constantemente. Jesús se amolda a la voluntad del Padre y en ese sentido rompe con lo normado y normal de su contexto, sin que sea esa su pretensión. Ahora bien, dicha novedad y originalidad tienen rasgos precisos que nosotros podemos observar para alimentarnos de ellos. He aquí aspectos concretos de su vivir que pueden ser iluminadores para un conocimiento más profundo de su persona:

- **Su nacimiento:** La señal para identificarlo: *“encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”* (Lc 2,12). El mismo punto de partida es rompedor; presentar al mesías de Dios en esa situación ya nos muestra ese elemento de despojamiento y pobreza que va a caracterizar toda su vida, algo necesario para que Dios se manifieste abiertamente a todos los hombres.
- **La confianza y abandono en la providencia:** Mt 7, 7ss; Lc 12, 22ss. La relación con el Padre, real y concreta, le libera de todos los agobios que impiden el verdadero desarrollo de las personas. Para Él los afanes de este mundo quedan realmente relativizados y encauzados desde unos valores fundamentales irrenunciables: *“Buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura”* (Mt 6, 33). Esta relación es tan original que incluso se entenderá como escandalosa por los escribas y fariseos (los más religiosos de aquella sociedad), sobre todo por ese trato familiar que Jesús da a Dios al reconocerlo como Abba (papá). Es de subrayar también la actitud ante las riquezas del mundo y su saber acerca de las dificultades que entraña el ser rico para poder vivir la vida según Dios y en atención a los hermanos (Mc 10,17ss).
- **Sus relaciones:** Él mira a las personas desde el corazón del Padre y se sitúa ante ellas como hermano y como servidor, dejándose conducir por el Espíritu del Padre. Por eso sirve a los leprosos (Mc 1,41); come con publicanos y pecadores (Mc 2,15-17); se deja tocar por los enfermos (Mc 3,10); tiene un modo nuevo de entender la familia (Mc 3, 35); se preocupa de los endemoniados (Mc 5,1ss); atiende a la mujer pagana (Mc 7,24ss); se preocupa de la comida de los pobres (Mc 8,1ss).
- **La religiosidad:** Es original en su modo de entender la religiosidad: ve la ley como una pedagogía que solo tiene sentido si pone a las personas como primer valor: *“El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado”* (Mc 2,27), *“¿Qué está permitido en sábado? ¿hacer lo bueno o lo malo? ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?”* (Mc 3,4). Entiende la tradición y la pureza de un modo muy distinto a los escribas y fariseos y denuncia sus hipocresías: *“anuláis el mandamiento de Dios por mantener vuestra tradición”* (Mc 7,9). Para Jesús la pureza o

la impureza no es cuestión de lavarse las manos, sino de opciones que se hacen en el corazón, en lo más profundo del hombre (Mc 7,14ss).

En cuanto al templo, elemento básico de la religiosidad judía, también Jesús rompe con los modos de pensar de la época y quiere darle su verdadero sentido, recuperarlo desde la coherencia con el Padre frente a una visión utilitarista y comercial del mismo (Mc 11,15ss). Frente a lo grandioso valora lo pequeño, que está cargado de vida y de autenticidad (Mc 12,43ss).

- **Su escala de valores:** su modo de valorar e integrarse en la vida tiene una escala singular. *“Muchos primeros serán últimos y muchos últimos, primeros”* (Mc 10,31) *“Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y que el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por la multitud”* (Mc 10,42-45). Estima el bien que hacen otros independientemente de que estén o no directamente con Él: *“el que no está contra nosotros está a favor nuestro”* (Mc 9,40).
- **La vivencia de la contradicción:** Jesús asume la contradicción que le supone su opción de vida; no rechaza el conflicto que surge de su fidelidad al Reino y a la voluntad del Padre; es más, se adentra en Él con todo su ser, dejándose conducir por el Espíritu y pone en juego su propia vida. Es consciente de lo que se juega pero no renuncia a su identidad y a su fidelidad: *“el Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdote y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días”* (Mc 8,31). Acepta la traición y el abandono de sus discípulos (Mc 14,10.50.71). Vive la contradicción de su propia existencia en el riesgo de morir: *“¡Abba!, Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres”* (Mc 14,36).
- **El sentido celebrativo de la vida y de la entrega hasta la muerte:** *“Tomad, esto es mi cuerpo..., esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos”* (Mc 14,22ss). Tiene un modo de entender el culto y la celebración novedoso: *“en espíritu y en verdad”* (Jn 4,23). Desde ahí sabe hacer de su vida y de los acontecimientos lugares de verdadera celebración. En la pobreza y en la sencillez del gesto nos deja la clave de la vida y de la entrega en el corazón del Padre. Él se introduce en una tradición y la renueva fecundando un nuevo modo de celebrar y entender los gestos.
- **La radicalidad de su vida y la invitación a la misma:** su vida está marcada por una radicalidad profunda en su relación con el Padre y desde ahí Jesús invita a caminos de radicalidad para obtener la salvación y la vida plena: *“anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás*

un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme.” (Mc 10,21). No engaña a los que quieren seguirle y les propone el mismo criterio de vida que Él ha asumido desde el Padre: “El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mc 8,34ss).

A la luz de Cristo y su modo de ser original y auténtico desde el Padre, profundizamos en cuestiones fundamentales:

REFLEXIÓN

- ¿Cómo ser una Iglesia servidora que muestre el rostro amoroso, misericordioso y entrañable del Padre en esta sociedad y en esta cultura?
- ¿Qué valores evangélicos son los que más necesita el mundo de hoy y cómo llevarlos desde nuestro ser laicos cristianos? ¿Cómo llevarlos al centro de nuestras personas y de la vida pública?
- ¿Cómo avanzar hacia comunidades de fe que nos ayuden a vivir con radicalidad lo que hemos descubierto en el encuentro con Jesucristo, a saber celebrarlo y a llevarlo hecho vida a nuestros hermanos los hombres?

III. Arraigados en Cristo, anunciamos el Evangelio.

“Esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia” (2 Pe 3,13).

El laicado cristiano adulto y militante está llamado a devolver a Dios al mundo. Esta labor solo es posible si desarrollamos una verdadera mística, una espiritualidad laical que penetre en el mundo alentando una comunidad eclesial con vida que venga de lo alto y estando en medio del mundo con la secularidad propia de Jesús de Nazaret, que se hizo uno de tantos. La sensibilidad evangélica aportará una nueva **motivación teológica** a la tarea de dar sentido a la historia y al mundo de hoy.

La espiritualidad laical es **más una manera de “estar”** que de “hacer”, aunque ambas facetas broten del mismo impulso de la fe. Somos más dados a dar importancia a qué “hacer” que a cómo “estar” y situarnos en el mundo. Y, sin embargo, la presencia del Espíritu se reconoce sobre todo porque **nos sitúa como Jesús** en un compromiso que compartimos con otras muchas personas que se comprometen. **¿Cómo “estar” según el Espíritu en el trabajo por un mundo con sentido y esperanza? ¿Cómo estar para que Dios sea asequible y se haga pregunta –y respuesta– profunda en el ser humano?**

1. “Estar en la vida”. Ya no valen las grandes teorías y proyectos (utopías) del sentido de la vida. El Espíritu nos sitúa en la vida. Las grandes declaraciones, los principios grandilocuentes, se verifican en la vida cotidiana y normal. En Jesús incluso la Palabra (con mayúscula) se hace carne y vida como la de uno de tantos. Estamos llamados a descubrirnos en lo pequeño y en lo diario de nuestras vidas, en nuestro “Nazaret”.

2. “Estar inseparablemente como hijos/hijas y como hermanos/hermanas”. Es decir, no reivindicar nunca nuestra dignidad sin reconocer la dignidad de los demás de la familia. Existe el peligro de que el lenguaje de los derechos degenera en egocentrismo, si no se anteponen los derechos de los otros, que son a la vez nuestros deberes. El Espíritu nos des-centra y ensancha. Estamos llamados a sentir universalmente y actuar localmente.

3. “Estar abajo”. Con los débiles, los pobres, las víctimas. Los derechos humanos son ante todo los derechos de los débiles. Pero ¿no son universales? Sí, pero la universalidad de la dignidad humana no puede constituir solo una idea teórica, sino que tiene que ser ganada ante todo desde la afirmación de la dignidad y de los derechos de los pobres. Es una parcialidad hermenéutica y pedagógica. Otra universalidad distinta tendría dos peligros: que se quede en **pura abstracción** o que termine por **defender**

lo adquirido por los más fuertes. Y, además, aunque indivisibles los derechos humanos, estar abajo ayuda a detectar **prioridades:** lo que está en juego en los pobres del mundo es **la misma vida.** En el “mínimo humano” está el “máximo divino”: *“Gloria Dei, homo vivens”* (S. Ireneo).

4. “Estar próximos”. La parábola del samaritano nos sirve de referencia. Le preguntan a Jesús “quién es mi prójimo”. Pero Él, después de narrar la parábola, vuelve del revés la pregunta: *“¿Cuál ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?”* (Lc 10,36). ¡El prójimo es aquel que se aproxima, soy yo! Si no nos aproximamos, nunca seremos prójimos ni tendremos próximos. *“Se le conmovieron las entrañas”.* Compañía, proximidad, ternura, es lo primero que podemos aportar a quienes están “excluidos” y “des-moralizados”, lo que puede sanarlos más radicalmente. La “in-clusión” y la gratuidad es además la mayor ruptura del sistema. Muchas veces nos acompañaremos en la impotencia. Es, por otra parte, lo que puede sanarnos a nosotros, pues recibiremos y aprenderemos más allá de lo que hubiéramos esperado.

5. “Estar resistiendo al mal con el bien”. No somos ingenuos, “espiritualistas” que no tocan tierra. El trabajo por los demás adquiere carácter de conflicto y de lucha, porque son fuertes los poderes que oprimen. En la defensa del derecho a la vida de los demás está en juego la propia vida de quien lo defiende. Aparece la posibilidad de dar *de la propia vida* y aun *la propia vida.* Es el “des-centramiento” máximo frente a cualquier tentación de “ego-centrismo”, ahí está el mayor testimonio del Dios de la vida que nos ha salvado en Cristo.

6. “Estar en esperanza”. Los dolores de la humanidad no son de muerte, sino de parto. Esperamos la *“libertad gloriosa de los hijos de Dios”* (Rom 8, 21-22). *“El hombre tiene derecho a la esperanza: la Iglesia debe ser hoy signo y fuente de esperanza”* (Mensaje del Sínodo de Obispos 1974). Todo gesto que lleve espíritu de esperanza es donación de sentido y de evangelio para los hombres. Entregarnos a la desesperanza y favorecer el que “no se puede hacer nada” es colaborar en la “muerte de Dios”; todos los hombres, independientemente de su situación, tienen derecho a la esperanza y nosotros queremos ser testigos de ella, aunque fracasara la utopía de lo humano.

7. “Estar en comunidad significativa y modesta”. Con frecuencia hemos considerado la Iglesia, las comunidades religiosas o cristianas, comunidades *instrumentales:* existirían como plataformas para la misión, valían por lo que hacían. Ahora comprendemos que la comunidad cristiana cumple su misión significando y actuando. Es sacramental, es decir, debe significar con su ser aquello por lo que actúa. *Ser comunidad* es más profético que solo actuar *desde la plataforma de la comunidad.* Para actuar por el anuncio del Reino y por la dignidad humana en una huma-

nidad fuertemente antagonizada y dividida, la comunidad cristiana no solo debe *trabajar* por lo contrario sino *vivir* lo contrario. Tiene que hacer la experiencia, por más que sea débil y pecadora, de lo que con temor y temblor proclama. Esto solo es posible por la vía de la modestia y la humildad, no por la fuerza ni el esplendor de los muchos o los poderosos. ¡Ay de nosotros si lo institucional en la Iglesia resta energía y dedicación a la acción evangelizadora!; ya lo decía Pablo: “¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!”(1 Cor 9,16).

8. “Estar en contemplación y agradecimiento”. El Espíritu conduce a *“en todo contemplar para en todo experimentar al Dios amor y poder llegar a dar la vida a los hermanos”*. Para esto necesitamos la vida que traemos entre manos y lo que sienten los hombres, pero a la vez el corazón y los sentimientos de Dios que se nos han manifestado en la humanidad de Cristo; solo desde la lectura creyente y profunda que nos ayuda a mirar la vida desde el Padre seremos testigos auténticos del Evangelio y gozaremos de nuestro ser y hacer en el medio del mundo como Iglesia de Cristo y como hermanos de todos los hombres, especialmente de los más débiles y necesitados de las buenas noticias de Dios.

9. “En los pequeños signos del Reino”. El Reino ya ha comenzado, el dedo de Dios ya está actuando. Y nosotros estamos tocados por su gracia, sabemos dónde está su Espíritu y lo señalamos continuamente, sabemos que Dios cada día nos da la Eucaristía para que, alimentados, podamos seguir avanzando con los signos de su presencia en medio del mundo. La lucha ya está de nuestra parte: hay cizaña, pero la resurrección se va imponiendo y nosotros somos del Espíritu del resucitado, sabemos que la cizaña acabará ardiendo; por eso proclamamos los signos del Reino y colaboramos para que *“los ciegos vean, lo cojos anden, los muertos resuciten y los pobres sean evangelizados”*(cfr. Mt 11,5) en el hoy de nuestro mundo y nuestra sociedad.

10. “Por todo el mundo”. Hoy nos toca ver las zonas blandas y las grietas de la realidad en las que es posible que entre el Espíritu de Dios sanando y propiciando el verdadero sentido de la vida. Hoy como nunca necesitamos llenarnos de nuestro Dios en Cristo, y por su Espíritu vivir y llevar su Evangelio a todos los ambientes. Nuestro Dios le pertenece a toda la humanidad y no podemos ni debemos retenerlo como algo propio. Él quiere estallar en el corazón del mundo y a nosotros nos ha tocado en suerte llevarlo a todos los espacios y ambientes en los que nos movemos, y en los que se está reclamando su presencia y su sentido. Comprometámonos con la esperanza y anunciemos el tesoro que como creyentes y como Iglesia llevamos en vasijas de barro en esta historia y en este momento que nos ha tocado vivir.

Ante todo esto nos planteamos:

REFLEXIÓN

- ¿Qué retos y llamadas descubrimos personal y comunitariamente que nos están llegando de nuestro mundo, de nuestra sociedad, de nuestra Iglesia en el hoy que nos ha tocado vivir?
- ¿A qué originalidad estamos llamados como cristianos, como movimientos y como comunidad eclesial para anunciar el evangelio con credibilidad en este mundo?
- ¿Cómo “estar” según el Espíritu en el trabajo por un mundo con sentido y esperanzado, de modo que seamos “signo” de la presencia salvadora de Jesucristo? Claves pastorales que hemos de subrayar y cuidar.